



Fotografía: Emiliano Valenzuela

EL PATRIMONIO FUERA DE NOSOTROS

Estamos alineados en la urgente tarea de patrimonializar los bienes culturales que están esperando un reconocimiento en nuestros diversos territorios. El patrimonio siempre ha existido, nos antecede y trasciende como individuos, por eso hoy debemos ponerlo en valor. Hablamos de él como un ser concreto cuya entidad no tiene precio posible, como una pieza de arte irreproducible a gran escala cuyo sello distintivo es la originalidad. Encierra secretos que no podríamos poseer más que a través de fotografías que nos acercan discretamente a su aura de nostálgica antigüedad. Quienes vamos por ahí relevando la belleza, transformando las ruinas en una fotografía artística, activamos nuestro capital cultural para perpetuar y compartir el asombro ante un collage de patrimonios visibilizados y otros en absoluto y total abandono. Iglesias derruidas por múltiples réplicas sísmicas, plazas públicas cuya remodelación no excede los quince años y cuyo descuido habla por sí solo.

En nuestro tembloroso Chile, o estamos completamente afuera y distantes de aquella materialidad objetivada que se ha patrimonializado, o vivimos en medio de ella sin saberlo, como sujetos atrapados en lo funcional y alienados del entorno que nos sostiene. En ambos casos predomina la indiferencia de la mayoría de la ciudadanía, ¿qué podemos esperar si apenas contamos con tiempo libre el fin de semana para dedicarnos a cuidar nuestro hábitat privado? No vivimos en un país que potencie la vida pública entre todos los sectores sociales. El placer de lo público en entornos bien cuidados también tiene en Chile un precio excluyente. Hablar de patrimonio es hablar necesariamente de nuestra calidad de vida, de nuestro tiempo de ocio, de nuestros trabajos y salarios, del uso que hacemos de los espacios públicos.

Nuestra institucionalidad olvida que la dimensión cultural –más que ninguna otra– está determinada por las demás esferas de la vida que la cruzan y condicionan. El riesgo de abordarla parceladamente tiene como consecuencia el permanente choque de intenciones versus la disparidad que genera el modelo económico y que se expresa en el capital cultural de cada chileno. Hay entre lo público y el patrimonio una relación equidistante. Ambos quedan relegados, generalmente, al descuido que sufre lo público en oposición a lo privado. Más que nunca nos debe ocupar el desafío de pensar el patrimonio desde una perspectiva integral. ■

Marietta Gedda M.